

# Momento literario

## ANESTESIA

*Alfonso Gamarra Durana*

Coloca sobre campo immaculado  
ágilmente una mano femenina  
limpieza y brillo del instrumentario,  
separadores, escalpelo y pinzas.

Vestidos como etéreas criaturas  
se mueven cuatro seres escogidos.  
Disponen gasa, sábanas y torundas  
en el acto silente de este rito.

De súbita esperanza un lampo nace,  
y el tiempo se hace mudo cuando ingresa  
la realidad de una doliente imagen  
hasta el centro del templo, en cuatro ruedas.

Ha sido un sabio de cabeza cana,  
atento al tacto y entendido en pulsos,  
que comprendió lo agudo en las entrañas  
y, sin dudar, diagnósticos impuso.

Por eso ahora, en la premura cierta,  
se le busca un latido en superficie,  
y un líquido se pone en venas  
que el espíritu mismo fertilice.

Hay anhelante espera al cirujano  
que en el blanco cubículo vecino  
busca en la asepsia producir un bálsamo  
que, en sus manos, sane el malherido.

El ser que en su esperanza se detiene  
en su rezar por suspirar profundo,  
confiando en esa gente, está yacente,  
y empieza el "Dios te salve", en un murmullo.

Como en un manso vuelo de palomas  
que a acariciar se acerca a sus labios  
una azul mascarilla alza su forma  
y expele un gas con franco olor a nardos.

Mientras piensa el enfermo que hay deberes  
en la vida banales como famos,  
un pentotal en vena lentamente  
y dextrosa se inyecta de inmediato.

El ambiente se torna en arrebato,  
se pierden los olores o confunden,  
la somnolencia se acerca al desmayo  
y el orbe ya no importa que recule.

Se aletarga el temor, la fiebre cesa,  
el miedo con dolor se hace insensible  
y se concibe fácil que la pena  
pueda también llegar hasta a dormirse.

Es la obra producida por el éter,  
la suave y lenta acción del neuroléptico,  
o es quizás el halothano que cual nieve  
cubre con albo velo el intelecto.

En el sueño profundo la conciencia  
confía entera en el anestesista;  
controla él la pupila si está tensa  
y sin cesar el corazón vigila.

En su accionar se siente solitario  
es timón y vigía al mismo tiempo,  
a nadie tiene allí para ayudarlo  
– supremo instante que no admite yerros-.

El cirujano mientras tanto corta  
seguro de si mismo y de su equipo,  
no se amedrenta si la sangre es roja,  
no hesita cuando observa los latidos.

Es héroe si la anatomía sigue  
y conserva serena su postura.  
Al cabo de la lucha, su arte vive  
y la salud del hombre perpetúa.

El órgano maligno se elimina,  
se suturan los planos de tejidos.  
Tiene que demostrarse que la herida  
se cierra completa con los hilos.

El último acto entonces se conforma,  
el de nublados gases el ocaso,  
cortando el mecanismo del Taka-Oka  
para esperar un hálito espontáneo.

Si ese ser no despierta, no es ya sueño;  
si no se mueve solo, ya no es vida;  
se obra sobre quien duerme y no está muerto  
bajo normas que da el anestesista.

Él abre las compuertas de la mente  
para inundar de ideas el vacío,  
y que energías en la sangre impregne  
cuando llena pulmones con oxígeno.  
Es en este momento que se mide  
qué frágil es la vida ante la muerte.  
Por gases se respira y se revive  
y de mundos incógnitos se vuelve.

Quien usa la anestesia no es el árbitro  
que juzgue sobre muerte o la existencia.  
Solamente atestigua que el humano  
debe vivir feliz sobre la tierra.

“CRÓNICA AGUDA” AÑO III. N° 135 (1990)